

Habiendo ocupado Selenio y Lisimaco el tribunal, ordenaron que compareciese Febronia. Tan luego como apareció con las manos ligadas y la argolla al cuello, todo el mundo prorumpió en gritos y lamentos. Selenio ordenó que se guardase silencio, y dijo á Lisimaco que empezase el interrogatorio. « Decidme, joven, preguntó éste, ¿ cual » es vuestra condición? ¿ sois de condición libre, ó nó? » — Soy esclava, respondió Febronia. — ¿ De quién sois » esclava? replicó Lisimaco. — De Jesucristo, respondió ella. — ¿ Cual es vuestro nombre? — Ya os he declarado que soy una humilde cristiana, y me llamo Febronia. »

Selenio que conocia las disposiciones de su sobrino en favor de los cristianos, no quiso que continuase el interrogatorio, así es que tomó la palabra, y dijo á la Santa: « Tomo por testigo á los dioses, Febronia, que estando irritado contra vos, no me hubiera dignado interrogaros, si hubiese seguido los impulsos de mi cólera; pero me han apaciguado vuestra belleza y vuestra modestia, y quiero despojarme por un momento de mi cualidad de juez, y hablaros como padre á fin de persuadiros mejor. Escuchadme pues, hija mia, con atención. Los dioses me son testigos de que mi hermano Antimo y yo habíamos destinado para Lisimaco una esposa muy rica; pero quiero prescindir de todo compromiso con la hija de Fosforo, que le está destinada, y preferiros á ella. Aquí teneis al señor Lisimaco sentado á mi derecha: es jóven, y de arrogante figura como vos: seguid el consejo que os doy, cual si fuese vuestro padre, y os colmaré de honores. No sea obstáculo vuestra pobreza; yo no tengo mujer ni hijos, mis bienes serán la dote que llevareis á Lisimaco, y no habrá mujer, á quién se guarden tantas consideraciones como á Vos, ni que sea tan dichosa. Gozareis también de las mercedes del emperador, que ha prometido á Lisimaco

elevantle á un alto rango y hacerle pretor. Ya me habeis oido; ahora solo espero que dareis al que os quiere servir de padre una respuesta, que sea grata á los dioses y ventajosa á vos misma. Pero si no puedo persuadiros á seguir mi consejo, tomo por testigo á los mismos dioses, de que no os quedan más que tres horas de vida. Decidid.

« Tengo, respondió Febronia, un lecho nupcial en el cielo, que no ha sido hecho por la mano de los hombres. El Esposo que he escogido es inmortal: su reino es mi dote. No puedo ni quiero preferirlo á un esposo mortal y corruptible. No perdais, pues, el tiempo en vanos discursos: ni vuestros halagos ni vuestras amenazas podrán hacerme variar de resolución. » — Irritado Selenio con una respuesta tan generosa, ordenó á los soldados que le quitasen sus vestidos y la vistiesen con sucios andrajos, que dejasen descubierto casi todo su cuerpo. Así ejecutado, preguntó el tirano á la pudorosa doncella si no le daba vergüenza de verse en aquel estado ante todo el mundo, á lo cual respondió: « Aún cuando añadiereis á esta ignominia el hierro y el fuego, á todo me hallo dispuesta; Quiera Dios encontrarme digna de sufrir por amor del que tanto ha sufrido por mí! »

Mujer impúdica y sin honor, le dijo Selenio, veo que la belleza de que te envaneces, te impide avergonzarte del estado en que te hallas, y que, por el contrario, te complaces en él. — Nó, replicó Febronia, Jesucristo sabe que hasta el presente, léjos de faltar á la modestia, jamás he permitido que nadie vea mi rostro; pero estando dispuesta á sufrir los azotes y todos los tormentos con que me amenazas, debo entrar en el combate con el demonio que es tu padre, como entran los atletas en el suyo.

Pues bién, dijo Selenio en su furor, puesto que pide tormentos, hagámoselos sufrir. — En su consecuencia, ordenó que la atasen á cuatro palos: que pusiesen fuego de-

bajo, y que mientras era quemada, descargasen fuertes azotes sobre todo su cuerpo. Todo lo cual fué ejecutado con tanta crueldad, que todo su cuerpo se cubrió de sangre, y sus desgarradas carnes caían á pedazos. Esta escena no pudieron presenciarla sin horror los espectadores, y pidieron á grandes voces al tirano que se compadeciese de la santa doncella. Pero á nadie quiso oír hasta que la creyó muerta, y entónces mandó que la desatasen.

Tomaida, que, como hemos dicho, se hallaba presente, viendo tan cruelmente atormentada á su querida hermana, cayó desfallecida á los pies de Hieria, que, transida también de dolor, no pudo ménos de exclamar. ¡ Ay ! mi querida Febronia, señora y maestra mia, no sólomente me veo privada de vos, sino que voy á perder á Tomaida. — Al oír la Santa su voz, quiso hablarle, pero el juez no lo permitió; ántes bién, le dijo. « Pues bién, Febronia, ¿ qué tal habeis salido de vuestro primer combate ? ¿ que os parece ? — Vos mismo podeis juzgar, respondió la Santa, si es fácil vencerme, y si hago mucho caso de vuestros tormentos ».

Que se la suspenda del caballete, dijo el tirano : que se abran sus costados con peines de hierro, y que se le aplique fuego hasta que se consuman sus huesos. Así lo ejecutaron los verdugos, y entre tanto la Santa, á quién el fuego producía tan agudos dolores, no pudo decir más que estas palabras : « Venid, Señor, en mi auxilio, y no me abandonéis en esta hora. »

Un gran número de los que habían asistido á este terrible espectáculo se retiraron, no pudiendo soportar la vista de tanto suplicio ; mientras que otros pedían á gritos que no se le aplicase el fuego. Selenio accedió á ello ; pero continuó su interrogatorio, aún estando la Santa en el caballete. Viendo que no le respondía, porque el dolor le había privado de la palabra, en lugar de compadecerse, se dió por ofendido de su silencio. Hizo que la bajasen del caballete,

que la atasen á un palo, y que le cortasen la lengua en castigo de no querer responderle. No necesitó que la violentasen : ella misma la sacó, cual si quisiese decir al verdugo : hela aquí, córtala. Pero el pueblo lo impidió, y en su lugar ordenó Selenio que se le sacasen los dientes. Sacáronle diecisiete, y era tanta la sangre que perdió en esta cruel operación, que cayó desmayada. Pudo al fin contenerse, y recobró el conocimiento ; pero fué para hacerle sufrir nuevos suplicios.

Selenio la interrogó de nuevo, diciéndole. Al fin vendrás á concederme lo que te pido, y reconocerás á los dioses. Execrable seas, respondió la Santa, miserable viejo ; pues quieres detenerme en mi camino, é impedir que vaya á mi celestial Esposo. Apresúrate á librarme de este cuerpo deslustrable ; pues el que me ama me espera en el cielo. — « Veo, replicó Selenio, que tu juventud te hace más insolente, pero pronto sucumbirás al hierro y al fuego ». Inmediatamente ordenó que se le cortasen los pechos, y que se le aplicase el fuego. Fué tan excesivo el tormento de la Santa, que, levantando los ojos al cielo, exclamó : Señor y Dios mio, ved cuán enorme es mi sufrimiento : llevad mi alma á vuestro seno.

Todos los espectadores se hallaban indignados de ver tratar á una doncella tan jóven de una manera tan bárbara, y muchos se retiraron exclamando : Malditos sean Dioclesiano y sus dioses. Pero Tomaida y Hieria permanecieron en el lugar á pesar del dolor que oprimía sus corazones, y enviaron á decir á Brienna que no cesase de levantar sus manos al cielo y pedir por Febronia que era excesivamente atormentada. Al llegar esta noticia á Brienna, exclamó : Señor mio Jesucristo, venid en auxilio de vuestra Febronia. ¿ En donde estás, Febronia ? Dios mio, atended á la humildad de vuestra sierva : concededle la gracia de que termine gloriosamente su combate, y que yo tenga el

consuelo de verla en el número de los santos mártires.

Selenio mandó que la desatasen del madero, y la desfallecida doncella cayó en tierra sin poder sostenerse. Entónces, dijo el conde Primus á Lisimaco : ha muerto. No lo creais, respondió éste : todavía tiene que combatir por la salvación de muchos, y tal vez por la mia. He oido á mi madre hacer relatos de muchos cristianos que han sufrido tan valerosamente como ésta jóven. No he podido librarla : dejémosla que combata hasta el fin ; muchos se aprovecharán de sus sufrimientos para la salvación de sus almas. Pero no pudiendo sufrir Hieria que tanto se atormentase á la Santa, exclamó en un trasporte de celo y de indignación : Hombre cruel y despojado de todo sentimiento de humanidad, ¿ no has hecho ya sufrir suficientemente á esta jóven ? ¿ No ves que tiene un cuerpo como el de tu madre, de cuyos pechos tomaste el primer alimento ? Pero tú has debido nacer bajo un mal augurio, y por esto pones ahora el colmo á tu maldad. ¿ Como no han podido dulcificar estas consideraciones tu humor bárbaro y despiadado. El Rey de los cielos no te perdonará, como tú no has perdonado á esta jóven.

Selenio, pálido de cólera al oír la, ordenó que se acercara para hacerle sufrir el interrogatorio. Hieria se presentó llena de gozo, é invocó al Señor, diciendo : « No me rehuseis, Dios de Febronia, aunque me halle sumida en los errores de la idolatría : sostenedme y asociadme á mi maestra y señora ».

Iba á interrogarla el tirano, pero los amigos que estaban cerca de él le aconsejaron que desistiese de hacerlo, porque todo el pueblo se declararia cristiano con ella, y tendría que hacer parecer á toda la ciudad. Este aviso le contuvo ; pero rugiendo de rabia, dijo con tono de furor. Hieria, ruego á los dioses que se venguen de tí : lo que has dicho en favor de Febronia no servirá sino para procurarle

nuevos tormentos. » Y efectivamente, ordenó que inmediatamente se cortasen á la Santa las dos manos y el pié derecho. Cortó el verdugo las manos, pero no pudo hacer lo mismo con el pié á pesar de haber descargado dos hachazos, lo cual hizo de nuevo gritar y proferir exclamaciones de horror á todos los espectadores. Por último, se lo cortó al tercer golpe, y Febronia hizo un esfuerzo para levantar el pié izquierdo, para que hiciesen lo mismo. Selenio se irritó aún más, y gritó con furor : Esta impudente es en extremo obstinada : córtale también ese pié. Indignado Lisimaco, se levantó y dijo : ¿ qué más quereis hacer á esta infortunada ? Vamos á terminar : que es hora de comer. — Nó, respondió Selenio, castiguenme los dioses, si salgo de aquí, ántes que esta jóven expire. » Y viendo que aún palpitaba, dijo á los verdugos : ¿ Qué ? ¿ no ha muerto aún ? ¿ en donde está vuestro valor ? Cortadle la cabeza. » Uno de ellos la tomó de los cabellos, y se la cortó, cual si fuese una dulce oveja que se deja inmolar.

Entónces los jueces se levantaron para ir á comer. Lisimaco no pudo ménos de derramar algunas lágrimas, y queriendo el pueblo levantar el cadáver de la Santa, lo impidió, y puso algunos soldados que lo custodiasen. Sin embargo, en vez de sentarse á la mesa con los demás, se retiró á su aposento, penetrado de dolor por la muerte de Febronia, lo que visto por Selenio, se puso á dar grandes paseos por la sala con aire pensativo. Despues lleno de furor contra sí mismo, cual fiera que dá mugidos, se estrelló contra una columna, y murió.

Se dió parte á Lisimaco del accidente ocurrido á su tio, y al verle muerto, sacudió la cabeza, exclamando : « Verdaderamente es grande el Dios de los cristianos : bendito sea el Dios de Febronia que ha vengado su sangre inocente. » — Ordenó que se enterrase el cadáver, despues de lo cual habló de esta manera al conde Primus : « Os mando

en nombre del Dios de los cristianos, que ejecuteis lo que os voy á decir. Mandad que hagan un féretro de madera incorruptible para Febronia, y publicad por toda la ciudad un edicto, en que se haga saber al pueblo, que todos los que quíeran asistir á sus fenerales pueden hacerlo con toda seguridad, porque mi tío ha muerto. Os son conocidos mis sentimientos. Tomad algunos soldados, y que lleven el cuerpo al monasterio, y lo entreguen á Brienna. No permitáis que nadie se apodere de ningún miembro, y procurad que juntamente con el cuerpo sea llevada la tierra empapada con su sangre.

El conde ejecutó fielmente las órdenes de Lisimaco. Mandó que los soldados llevasen el cuerpo de la Santa, y él mismo se encargó de la cabeza, de las manos, de los pies y de los dientes, envolviéndolos en su manto y conduciéndolos al monasterio. Pero era tan grande la multitud que acudió, que le fué muy difícil llegar, y tuvo que poner centinelas, no dejando entrar más que á Tomaida y a Hieria.

Cuando la piadosa Brienna recibió el santo cadáver, y lo vió tan mutilado, cayó desmayada; pero vuelta en sí, lo abrazó exclamando. ¡ Ah! hija mia Febronia, ¿ no te he de ver más? ¿ quién nos leerá las santas Escrituras, y que manos se atreverán á tomar tus libros? Las demás religiosas que se habian retirado por temor al tirano, volvieron al punto, y llenas de respeto se postraron ante las santas reliquias. Hieria, por su parte, no pudiendo contener el dolor que sentia por la pérdida de su catequista y maestra, exclamó llorando: « Dejádme abrazar estos pies que han hollado la cabeza de la serpiente: dejádme besar las heridas que servirán para la salvación de mi alma: dejádme ceñir su cabeza con los flores de alabanza que merece, puesto que ha sido la gloria de nuestro sexo por el triunfo que ha reportado en el combate.

Habiendo llegado la hora de Nona, que era la de la ora-

ción, dijo Brienna á Febronia, cual si estuviese viva. » Ven tú también, hija mia, ven á orar con nosotras. ¡ Ay! ¿ en donde estás, Febronia? levántate y ven. Si siempre has sido dócil á la voz de nuestra madre, añadió Tomaida, ¿ porqué no la obedeces ahora? El milagro que deseaba Brienna no se verificó, pero obróse otro de que más abajo hablaremos.

Llegada la tarde se lavó el cuerpo de la Santa, y se adornó convenientemente. Entónces Brienna mandó que se abriesen las puertas para que todo el mundo pudiese satisfacer su piadosa curiosidad. El concurso fué muy grande: las señoras que venian los viernes á escuchar la lectura é instrucciones de la Santa, se apresuraron á entrar. Vinieron también varios obispos y monjes, y Lisimaco y el conde Primus, renunciando al culto de los ídolos, se unieron á la multitud para tributar á las reliquias de la Santa el honor que les era debido.

A la mañana siguiente llevaron el féretro que Primus habia mandado construir, y se puso en él el cuerpo de la Santa, colocando cada uno de los miembros mutilados en su lugar. En cuanto á los dientes que no podían entrar en sus alvéolos, se pusieron sobre el pecho. En seguida se llenó el féretro de aromas, y se procedió á cerrarlo; pero el pueblo pidió que lo dejasen abierto, y fué preciso que los obispos interpusiesen su autoridad para hacer comprender que era necesario depositarlo en un paraje del monasterio que se habia preparado convenientemente. Todos los que acompañaban el fúnebre cortejo vertian abundantes lágrimas, y la gloria que en esta ocasión se dió á Dios es el más acabado elogio que puede hacerse en honor de Febronia.

Muchos paganos pidieron el santo bautismo. Lisimaco y Primus fueron de los primeros, y renunciaron enteramente á las esperanzas que les halagaban en el siglo, para abrazar la vida religiosa en el monasterio del abad Marcelo, de

que hemos hablado al principio de esta historia. En el consumaron su vida con grande piedad. Muchos soldados se convirtieron también á la fé. Hieria, suficientemente preparada para la regeneración espiritual, fué bautizada con toda su familia, y en se guida vino á arrojarse á los pies de Brienna, rogándole que la recibiese en su comunidad en lugar de Febronia, y prometiéndole servirla tan fielmente como ésta lo habia hecho. Quiso que se empleasen sus alhajas en adornar la tumba de la santa mártir, y dió sus bienes á la comunidad.

Dios glorificó á la Santa despues de su muerte con un gran número de milagros. Sus actas dicen que todas las noches ocupaba su lugar en el oratorio, desde la media noche hasta la tercera oración, cuando las religiosas se levantaban para cantar el oficio divino. En un principio tuvieron miedo, y Brienna corrió hacia ella para abrazarla, diciendo: « Hé aquí á mi hija Febronia. » Pero esta desapareció al instante. Despues de esta aparición no tuvieron ya miedo; pero ninguna se atrevió á acercarse á ella, y su presencia les inspiraba grande fervor, y les hacía derramar lágrimas de gozo.

El obispo del lugar mandó edificar una hermosa iglesia en su honor, cuya obra duró seis años. Concluida ésta, congregó á los obispos de los lugares inmediatos, é hizo todo cuanto estuvo de su parte para que la dedicación de la iglesia y la traslación de las reliquias se celebrasen con toda la solemnidad posible. Pero deseando las religiosas conservar su precioso tesoro, suplicaron encarecidamente á los prelados que no se les privase de él. Dios decidió la piadosa contienda en su favor: pues al querer retirarlo, se oyó un ruido semejante al de un espantoso trueno, y como aún se obstinasen en llevarlo, se sintió un gran terremoto que conmovió toda la ciudad. No pudiendo dudar los obispos de que con estas señales demostraba la Santa que no queria

que su cuerpo saliese del monasterio, desistieron de su propósito, y pidiéron que á lo ménos se les diese algunos de los miembros mutilados. Con esta intención abrió Brienna el féretro, del cual salió una claridad tan brillante que la dejó deslumbrada. Quiso sacar una mano; pero la suya quedó sin movimiento. Entónces dijo la piadoso Brienna llorando: « Hija mia Febronia, no te enojas conmigo, y en memoria de los cuidados que, como madre espiritual, ejercí contigo concédeme alguna cosa en obsequio á los obispos. Su oración fué oída: su mano recobró el movimiento, y tomó uno de los dientes, que colocó en una cajita. Los obispos recibieron con gran respeto este presente, que encerraron en un relicario de oro para colocarlo en la nueva iglesia.

La venerable Brienna vivió dos años despues de la dedicación de este templo, sucediéndole Tomaida en el gobierno de la comunidad. Esta es la que escribió la historia de la Santa, que termina con estas palabras. « Yo Tomaida, encargada de la dirección del monasterio despues de la muerte de Brienna, he escrito la historia de Febronia, consignando todo lo que yo he visto, y lo que me ha enseñado el señor Lisimaco, para dar gloria al triunfo de esta santa Mártir, y para que los que la lean puedan aprovecharse de ella, y se exciten á adorar y alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo ahora y por los siglos de los siglos. Amen. »